
Educación

La educación física dentro de las humanidades

ALEJANDRO J. AMAVET

NACIO EN LA CIUDAD de Buenos Aires en 1906. Graduado en la Escuela Militar de "Gimnasia y Esgrima" en 1928, se recibió de profesor universitario en educación física en la Universidad de La Plata en 1954. Actualmente dicta la cátedra de Introducción a la Educación Física y es director de Didáctica Especial y Práctica de la Enseñanza en la facultad de Humanidades de la misma universidad. Ha sido director general de Educación Física de la Universidad de La Plata y director técnico del Consejo Nacional de Educación Física. Representó a la Universidad ante la IIª Lingüada de Estocolmo y el Congreso Mundial de Educación Física (1949). Publicó Apuntes para una introducción al estudio de la educación física (1957) y es autor de diversos trabajos sobre actividades correctivo-posturales en las escuelas primarias y en la industria. Dictó varios cursos en las universidades nacionales de Córdoba y Tucumán.

EL hombre, por razones que a él únicamente atañen, se ha sentido obligado desde un principio a justificar su presencia en el Universo. Quién pueda pedirle cuentas acerca de tan singular convencimiento es asunto harto difícil para ser aclarado definitivamente, no obstante lo cual encuentra en eso mismo una —por lo menos transitoria— razón para seguir viviendo. Una voz presentida, un relato descendiendo por la escala del tiempo o el simbolismo de hechos o imágenes propicios pueden haber influido para dejarlo —en parte— satisfecho; pero también un propio interrogante, que exige la respuesta en sí mismo, ha debido acuciarle para vivir descifrando.

—“He creado en ti, junto con esa tu existencia, una misión de impostergable cumplimiento. Haz de hacer esto. o aquello”— es en un caso.

—“Siento que existo, tal cual existe todo lo demás; pero en mi trance, puesto que tengo una conciencia, he de encontrar un sentido a la existencia”— es en el otro.

Religión y Filosofía marcan las pautas de esta justificación existencial y teleológica, aunque la Ciencia provea muchas veces los ajustes de sus problematismos. Pero hay en todo esto una probada sensación de inmensidad inabarcable, de realidad lejana, que le hacen capitalizar cada intuición, cada conocimiento, a fin de que tal vez en un momento dado la incógnita pueda ser resuelta, sino del todo, por lo menos en el hallazgo de un camino revelador. La Religión prefiere el estatismo, y admite sólo el movimiento en cuanto que la creencia requiere su traslado para ser difundida y perpetuada. La Filosofía, como la Ciencia, no pueden prescindir del movimiento, que en este caso es dado por el saber acumulado, permanentemente discutido y experimentado. Y en tanto que esto ocurre, tener la convicción de que hoy se sabe más que antes, pero también que mañana probablemente se sepa más que ahora.

Esta persecución de identidad, que está veladamente en el fondo de todas sus creencias, indagaciones y creaciones (puesto que de otro modo apenas cumpliría el crudo ciclo animal) adquiere en el hombre dos formas sin cesar superpuestas y, en su medida, imprescindibles: el saber acumulado, que condensa en su síntesis los valores estables; y el saber a adquirir, que en aquél hace pie para nuevos acopios. Al proceso que tiende a abarcar ambos cometidos en continuo trasvase de generación en generación suele llamársele, impropriamente, Educación. Lo que queda, ya sea en acumulaciones espirituales o materiales selectivas, es la Cultura. Mas lo impropio de la primera no consiste en negarle validez a la intención de ese aprovisionamiento intermitente y sistemático de lo que abarca la segunda, y aún superarlo. Tampoco lo que en cada naturaleza humana se desenvuelve ajustadamente al solo efecto de acrecentar la captación. Esto es bastante pero no lo suficiente para un ser de razón que anhela comprenderse, y en cierto modo, de ser esto una imagen satisfactoria para sus ambiciones, podría reprochársele que ensaya consigo mismo lo que en otro orden confirma la ley de la oferta y la demanda. Vale decir: acrecentarse, como valor adquisitivo, hasta el límite justo en que sus posibilidades son exigidas desde fuera para un abarrotamiento de saber posterior que mucho se parece al censurable afán del especulador o a la insana tendencia del avaro. Ciertamente es que este saber se invierte luego en provechosas obras cuyas valoraciones dependen del distinto grado y calidad de la cultura

EDUCACION

poseída. El arte y la ciencia, la economía y la industria son, desde este punto de vista, *riquezas* que se adquieren con denodado esfuerzo humano; pero ¿qué queda de lo humano en sí, de los rasgos singulares que hacen del hombre propiamente Hombre, y que, con una sensación muy parecida, a veces encontramos en una acabada obra de arte? ¿Qué queda asimismo de ese ponderable anhelo suscitado en cada advenimiento de su voluntad por comprenderse, de saber concretamente porqué y para qué está ubicado en un punto perdido y a la vez localizable del Universo?. ¿Acaso todo lo que hace y todo lo que pretendidamente *crea*, debe interpretarse como una pausa reparadora y a la vez engañosa de esa su permanente preocupación?. ¿O bien sigue obsecado con la idea de que por ese camino, del que ha recorrido infructuosamente largo trecho, llegará alguna vez a concretar sus esperanzas?. La expansión inquisitiva que esclarece regiones estelares hasta ayer insondables, y lo mismo esa aguda penetración que va más allá de la partícula, no son más que direcciones opuestas de un mismo punto, centrado en él, punto que como tal puede borrarse ante el incesante entrecruzamiento de líneas multipolares que ya lo apresan en su tejido. Porque si esto lo hace con la intención de llegar a la propia identificación (aunque más bien creeríase que asume la actitud del viajero desorientado que sigue andando por si la suerte le es propicia) corre el peligro de encontrarse un día como aquel averiado personaje de Ibsen, instado a ser fundido nuevamente por haber faltado a su destino. La trágica figura de Peer Gynt mondando la cebolla, de la que no le queda nada, es la réplica fiel del hombre que busca su destino en lo de afuera; o si se quiere, en lo que desde fuera él mismo ingiere cognoscitivamente para probar que tiene un interior. Lo que tal vez ignore es que ese interior no existe tanto para ser provisto cuanto para ser desenvuelto en la medida que prevé su Forma. Forma singularísima, nunca lograda contemporáneamente y que no obstante alguna vez se dió. Los griegos lo sabían cuando en su intento por llegar al hombre intuyeron su imagen con irreprochable dignidad, y a ella se entregaron para hacerla innegable con la realidad. Que haya sido un instante de lucidez creadora, seguido de otro instante en el que se alcanzó su formación, para perderla luego, no quita ni un quilate a tan soberbia hazaña humana. Lo que el rayo ilumina en el término breve de su fulguración queda identificado cuando la obscuridad se hace de nuevo. El pecado es no

ver ese instante propicio, o tal vez haber visto y olvidado el conjunto. Mucho peor todavía es haber retenido una parte y pensar que con ella se ha obtenido la anhelada configuración. Infortunadamente esto ocurrió después de aquel "momento griego" (harto esclarecedor, en el que el secreto del destino humano nunca estuvo más cerca de ser revelado, como comienzo al menos) que fué extendido prematuramente por la helenística expansionista y quedó fijado en el enciclopedismo posterior. ¡Cuántos helenistas removiéndole espumas sin hallar la substancia de lo que por fuera sólo es vaguedad! ¡Cuánta especulación rondando en torno de esa misma vaguedad! Y, sobre todo, ¡cuánta construcción educativa abandonada apenas puesto a prueba el material dialéctico con que únicamente pretendió levantarse!. Y sin embargo, el punto clave existe; existe amontonado y a veces disperso, ora como aplastado por una masa de escombros que mueven la codicia del arqueólogo; ora mostrando al sol su cara descubierta, en viejos manuscritos, en frontispicios caídos o todavía enhiestos, que conservan la frase o la leyenda esclarecedoras. .— Puede estar en la "eurythmia" que organiza en el Todo la anhelada Armonía; puede también interpretarse en el advertimiento que surge de aquél "medèn ágan", siempre enfrentando denodadamente a la monstruosidad y a la hipertrofia. Sólo que apenas pueden interesar al lingüista, al historiador, al filósofo, según el trozo o el despojo que apetezca a la inquietud de cada cual. Nada del hombre entero que vivió en esa época de oro de la Antigüedad (y el que en todas las épocas tiene en sus manos el educador), el que llevó a su cumplimiento la sentencia protagórica de ser la medida de todas las cosas (aún de las que no existían todavía!) porque en sí mismo esa medida estaba implícita y debidamente experimentada. Sentencia discutida, y probablemente sentida inteligiblemente, mas no vivida en plena significación porque para ello haría falta, más que aprehender una "forma de vida", *experimentar plenamente la vida de esa forma!*. Es aquí precisamente donde aquel hallazgo se pierde o diversifica en ingeniosas premisas que el hombre contemporáneo maneja con indudable maestría, aunque con eficacia discutible. Entonces la educación se torna incierta, y aunque señale fines —que por supuesto no son como los de antes— se sumerge en la búsqueda de medios sin haber precisado todavía un acertado punto de partida. Este ha de ser inamovible, cualquiera sea la índole del pensamiento educacional de

EDUCACION

cada época, de cada comunidad, de cada pueblo; tan inamovible como puede serlo el principio de la vida individual que comienza en el diminuto huevo fecundado y se multiplica y diferencia billones de veces, conservando, empero, su unidad funcional. Aquí estuvo ignorado, no obstante su íntima proximidad con el observador de todos los tiempos, el "principio de la forma", tan auspiciosamente proclamado a la distancia de incontables milenios que nos separan del primer germen de vida. ¿Será posible todavía ignorar que el punto de partida para la educación del hombre es también éste, y no el que se persigue escarbando en su entraña para elegir la víscera que más presuntamente lo encumbra y lo separe, no solo de los seres que por naturaleza le están subordinados, sino de aquellas partes que integradas en él contribuyen a hacerlo tan humano como la más privilegiada?. Apenas puede extrañar, después de tanta obsecación por administrar diferencias, que de cada partícula humana nada se ignore casi, pero del hombre entero se ignore tal vez todo.

Este "principio de la forma", cuya expresión más acabada se sintetiza en la "gestalt", ha penetrado inusitadamente para rever viejos conceptos nacidos de la teoría mosaica, y tanto la Psicología, como la Biología y el Arte han encontrado en ella reorientaciones eficaces para ensanchar sus campos. Lo realmente curioso es que aquél que pretende haber hecho el hallazgo, y además comprobado los procesos genéticos de su revelación, opta por ser ajeno a sus utilidades cuando decide atender a su propia formación. Con ello da por descontado (habría que suponerlo) que si en cada proceso natural —o en cada creación no desnaturalizada— el todo precede a las partes, y no en sentido inverso, no debe preocuparse mayormente por si esta ley se cumple en él de modo irreprochable, o si con su conducta la trasgrede. Porque está claro que teniendo el poder de descubrirla en otros (y aún en sí mismo como ser biológico), el verdadero mérito consiste *en saber eso mismo* y no en autoaplicarla con un rebajamiento que lo pondría a la par de sus experimentados! ¡Ingenuidad sublime! ¡Jactanciosa postura!. De aquí procede esa insólita conducta que en la antinomia provocada le fuerza a ser el humanista descuidando lo humano, a conceptualizar la Educación escamoteando el ser de carne y hueso (tan propicio a Unamuno), a retener la clásica palabra Formación, de radiante elocuencia integrativa, reduciéndola, al fin, a la tarea del arado que abre

surcos solamente en la substancia —aún virgen— cerebral. ¿Qué habrá quedado quí del *gestaltismo* sino su negación?. La parte, aún siendo la más noble, fagocitando al todo. Lo que queda de éste, engendrando malezas por doquier, como protesta de tierra incultivada que intoxica las raíces de los mejores pensamientos. Y a la postre, el incruento conflicto entre la mente, el cuerpo y el alma de un ser creado para ser indiviso y vivir en *su* armonía. Asombra comprobar, por otra parte, que tal advertimiento solo haya logrado suscitar el recurso precario y sin brillo de todos los remiendos: poner donde hace falta, suplir la carencia, rellenar desniveles. Tal recurso parece así aceptado y consagrado: hay una educación para la mente, otra que atiende al alma y, por si fuera poco, aún queda la que asiste al cuerpo.

En una de sus obras más recientes, el ensayista y escritor Aldous Huxley refleja en medulosos párrafos la crisis de la educación contemporánea: “Recordando mis propios años de estudiante, me percaté de las enormes deficiencias de un sistema que no supo hacer nada mejor por mi cuerpo que la gimnasia sueca y el fútbol obligatorio, nada mejor por mi carácter que premios, castigos, sermones y charlas estimulantes, nada mejor por mi alma que un himno antes de acostarme con acompañamiento de armonio. Como todos los demás, funciono a sólo una fracción de mi potencial”

A poco que se mediten estos párrafos se obtendrá un cuadro de situación absolutamente cierto, al que no escapa ninguna de las organizaciones actuales de la enseñanza y mucho menos de la educación fundamental. A la aparente similitud de nuestras concepciones educacionales con las que varios siglos atrás promovieron los griegos del período clásico (ya que mencionar el haber sido sus legatarios nos pone en falta de fidelidad) cabe añadir un detalle que de continuo se soslaya o deliberadamente se excluye: una misma “substancia humana” nos une y nos acerca, sólo que en nuestro caso permanece agreste y allá fué minuciosamente cultivada. Si recurriendo a la metáfora (que en este caso aclara tanto o más que la investigación) dijéramos que una misma calidad de semilla es colocada en tierra con distinto grado de labranza, la diversa manifestación germinativa confirmará el acerto de Plutarco, para quién todo buen campesino (y analógicamente todo buen educador) ha de tener en cuenta, no sólo la simiente, sino asimismo la buena tierra que habrá de acogerla. Debe aclararse, empero, que

EDUCACION

la riqueza representativa de toda metáfora sirve también para orientar la intención en diverso sentido, y uno de ellos consiste, precisamente, en torcer su significación más íntima para servir conceptos que se desean defender a toda costa. Así el caso de la "cultura animi" que parece omitir (o por lo menos desmerecer) la importancia de la "buena tierra" que para Plutarco, si bien no era lo esencial privada de cultivo, era indispensable aún no siendo del todo buena, porque tal cultivo se la proveería en bondad de cuidados. Esta "cultura animi", que hoy es nuestro lema máspreciado, parece desglosar la parte que corresponde, como naturaleza humana, a la "physis" del griego, tan decisiva para la formación del tipo imaginado. La falla está a la vista cuando esta segunda naturaleza, omitiendo hacer seguro pie en la primera, sufre las consecuencias de su desvarío toda vez que en el trance de las supremas decisiones carece de energías para apoyarlas. La falta de rigor científico de buena parte de los sofistas que así escindieron la original naturaleza humana con habilísimas retóricas, no puede justificarse hoy en que la ciencia tiende a ser a su vez desmesuradamente arrolladora. Y no es porque antaño aquéllos (los sofistas) carecieran en cambio de paralelas intuiciones, pues en Protágoras ya se insinúa la advertencia de que en la Physis "descansa el fundamento de toda educación". Partiendo de ella es que la enseñanza, el adoctrinamiento y el ejercicio pueden hacer su parte. Sólo admitiendo la original naturaleza, como presencia agreste que debe cultivarse con esmero, puede obtenerse la segunda que es su legítima coronación. Cuesta creer, por otra parte, que debido a una exagerada pulcritud metodológica hayan de separarse incruentamente dos naturalezas donde la vida no señala más que una, y ésta en el hombre cobre la luminosidad del espíritu porque la subyacente original se la provee. Pero a pesar de todo, es corriente creer que al alcanzar la instancia última, la vida espiritual se autoabasteca de energías como cualquier artefacto que se eleva llevando en sí su propio combustible. Lo que no elude, por cierto, el entredicho simple suscitado entre doctrinas que se alinean en los campos opuestos del materialismo y el espiritualismo. Un filósofo ilustre de nuestros tiempos, que llevó su franqueza al extremo de confesar la rectificación de sus ideas, formuló nueva tesis al decir que el espíritu, "en su pura forma carece originariamente de todo poderío". Bien tuvo Max Scheler la paradójica suerte de presenciar el impacto bélico en un

mundo que creía, como él, en la fuerza del espíritu, para oponerla como fuerza distinta a la que incontrolada y sin cultivo surge desvastadora de la naturaleza agreste del hombre. Sabias, profundamente sabias sus prevenciones de evitar “enfrentamientos”; pero no son menos sabios sus consejos de “dirección” y “conducción” de la naturaleza (como fuerza) por el espíritu (como idea).

II

Este deliberado prolegómeno ha sido necesario para justificar la entrada de una disciplina formativa que desde el punto de vista de las humanidades no goza de gran predicamento. Lo que no dejaría de suscitar asombro si, por muchos conceptos, ella misma no fuese culpable de haber desconocido en las humanidades su punto de partida. La Educación Física, como palabra y significación, ofrece perspectivas poco claras para ser conceptuada en el mismo nivel de las necesidades que envuelven por doquier tanto al hombre contemporáneo como a su sociedad. Peor todavía se presentan estas perspectivas desde el punto de vista de “sus realidades”, en las que lo presuntuoso aparece unido con lo inoperante y hasta con lo vulgar, impidiendo así formular verdaderos juicios de valor acerca de sus alcances como disciplina educativa. Y sin embargo, en una reflexión que pospusiera lo que a primera vista objetiviza y en sentido estricto parece abarcar, su estimación como necesidad tiende a sobrepasar aquello que corrientemente se estima como tal. Bástenos apreciar que desde que el hombre nace ya está sujeto a la necesidad (y que ésta se acrecienta en la medida de su sociabilización) para entender también que es obvia la presencia viva del ente que la experimenta. En un sentido desde el cual ya se ha hablado, tal ente se halla implícito en la naturaleza humana, la que según la exégesis de Jaeger en “Paideia” es una “doble estructura corporal y espiritual”. El cuerpo (soma) humano vivo no admite hoy el dualismo con el alma (psyche) primordial, puesto que lo contrario haría inadmisibles toda idea de educación. Por separado puede estudiarse el cuerpo, como también el alma; más *quién* estudia a ambos lo hace con su conjunto indisolublemente integrado. Y éste es el sujeto real de la educación, en la medida en que los otros constituyen meros objetos para el estudio.

EDUCACION

Considerando a la "formación" como el proceso básico de la Educación (que abarca incluso relaciones del sujeto a formar, con la Cultura), la concepción dialéctica del dualismo debe rechazarse en cuanto al ente psicofísico en sí, aunque en cambio sea admitida en las conexiones ulteriores de éste con la persona espiritual. Lo primero obedece a la conceptualización de Forma (el conjunto precede a las partes, pues éstas, más que constituirlo, "le pertenecen") mientras que lo segundo es su superación o superindividualización sin ignorarla. Somos algo más que nuestra vida; pero ¿qué somos sin la vida? ha dicho el prestigioso Wladimir Weidlé. Tal vez así resulte satisfecha la vanidad humana de rechazar toda vinculación con las especies inferiores, y vuelva a confirmarla en un aspecto que, aún no siendo precisamente espiritual, le dé confianza para elaborar una nueva tesis. Su punto de partida se origina en el ente psicofísico formado plenamente, ése que una Educación Física renovada haría sensible e inteligible a todo estudioso del hombre, pese a toda discrepancia antropológica que signifique, a posteriori, distinta presunción de su destino. En efecto, basta observar la singularísima forma llena del hombre, llevada a los límites de sus propias armonías, para comprender cuán infundadas resultan las sospechas de su concomitancia con el animal, aún en las necesidades perentorias que lo hacen partícipe de los impulsos que en todo ser vivo se manifiestan para la conservación y perpetuación de su tipo. ¡Si hasta el hambre misma, como se ha dicho, es distinta en el hombre de la que acucia al animal! Tampoco habrá mucho que argüir cuando se afirme que a la distancia es la figura recortada del hombre la que promueve su identificación, y esto mucho antes todavía que los otros rasgos espirituales de contacto, cuya mención es obvia. Pero es dado advertir cuánto descuido y menosprecio hay por un lado, y cuánta desproporción y exaltación hay por el otro, cuando se trata de interpretar esa figura singular que no es sólo perfil para la forma, sino expresión genuina del hombre entero contenido en ella. El hombre es "eso mismo" porque primeramente "es sí mismo" lo que en instancias posteriores se pretende atribuir al copioso muestrario de sus obras. Mas no hay obra que no descubra, en sus detalles íntimos, la calidad del instrumento utilizado para su confección; y hoy la crisis que sin cesar se cierne sobre el mundo está indicando la perentoriedad de examinar más detenidamente ese instrumento-hombre

que así denota su decadente calidad. Podría adjudicarse, en estos menesteres de reparación, una noble y destacadísima misión a la Educación Física de no haberse extralimitado esta disciplina en sus demandas de un hombre para sí, en el que las potencias psicofísicas y espirituales son destinadas a componer un tipo superado por el avance de una civilización que, aunque en crisis, no admite el recurso de la reversibilidad para curar sus males. No es pura casualidad, por otra parte, que hoy encerremos sus manifestaciones más características en escenarios y recintos que mucho se parecen a los que en ciertas exposiciones se destinan a exhibir tipos y ambientes ya desaparecidos, los que a la postre sirven tanto para entretener al ocioso cuanto para ilustrar al especialista. Este último, sobre todo, si como se desprende del asunto aquí tratado, pertenece a la clase de lo que comúnmente se conoce como "educador físico" rara vez discrimina entre aquello que una vez significó una necesidad social de supervivencia por el deliberado cultivo de la fuerza y la destreza corporal, y lo que hoy comporta un verdadero anacronismo ante el reemplazo, también deliberado, de la máquina y la técnica para los mismos menesteres. Más complicado parece resultar todavía, para tan desprevenido especialista, comprender la importancia de este hecho en relación con la oportunidad que se le brinda de reorientar sus artes y saberes para lograr, contributivamente, ese "alto tipo de hombre" que un humanismo remozado y vivo está llamado a reeditar en nuestra época. Tal vez no fuera exagerado predecir que así se diera nuevamente el milagroso descubrimiento del hombre que en sí mismo promueve tal hallazgo, y esta revelación se antepusiera al veredicto aceptado de medirlo en sus obras, por las que muchas veces se le encumbra, pero asimismo, en otras, se lo hunde!

Una promesa que apunta a tales fines humanísticos (dentro del orden de los aportes formativos) ya se insinúa desde la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de nuestra Universidad. Es la carrera que por primera vez forma universitarios en Educación Física. Más conviene aclarar, en una afirmación resuelta a evitar el equívoco, que esta palabra no expresa como antes (y como ahora en muchas partes) la acuñación de atletas cuyo destino parece no ser otro que malgastar el ímpetu vital —propicio a dar función al pensamiento extatizado— en reiteradas tentativas de medir "lo humano" por los ras-

EDUCACION

gos que aisladamente alejan tal propósito. Aisladamente podrá lograrse el ejemplar, el biotipo zoológico capaz de figurar sin desmedro en la escala compuesta por el naturalista. Fundido en las Humanidades adquirirá ese rasgo peculiar y siempre vivo que le hace ser el "algo más" inapresable en cuanta definición se ha pretendido; pero asimismo una esperanza nueva, a la que no es ajena una disciplina educativa que al fin encuentra estado para ser dignamente valorada.